



III

La Eucaristía: fundamento de la vida espiritual

Del Evangelio según Juan (6, 51-58)

En aquel tiempo, Jesús dijo: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo». Los judíos discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?». Jesús les respondió: «Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre, de la misma manera, el que me come vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron sus padres y murieron. El que coma de este pan vivirá eternamente».

Las multitudes que se acercan a Jesús son testigos de un milagro, la multiplicación de los panes y los peces. Es un prodigio grandioso que trastorna positivamente, y la reacción es igualmente comprensible humanamente: la gente se une buscando a Jesús para proclamarlo rey. Aunque testigos de un hecho impactante, los presentes entendieron muy poco de su misión, agitados por su negativa parecen querer provocarlo: «¿Qué signos haces para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como dice la Escritura: Les dio de comer el pan bajado del cielo» (Gv 6,30). Jesús acepta la provocación, promete un pan « que da Vida al mundo» (Gv 6,33), al contrario muestra la forma, el rostro de ese pan: es Su carne y Su sangre.

Sólo la comunidad cristiana que se ha hecho testigo de la Resurrección comprenderá plenamente la riqueza de ese don y lo reconocerá en la fracción del pan (cf. Lc 24). Y a partir de ese momento, todo hombre en busca de la verdad sobre sí mismo, los que sienten el peso y la desilusión de su camino, los que necesitan de las palabras de vida eterna, todos los creyentes en Cristo, podrán encontrarlo y encontrarlo en el celebración de la Eucaristía que da sustancia corporal a la vida del espíritu.

El decoro de las celebraciones eucarísticas, el silencio y la adoración en la visita a nuestras iglesias, la atención y participación activa en la Santa Misa, todo ello pertenece a la misión de los Grupos de Oración. La adoración mensual, que es uno de los elementos constitutivos de nuestra espiritualidad, puede tener diversas formas y tiempos, pero debe convertirse cada vez más en el lugar donde con humildad y fe repetimos: "Danos hoy nuestro pan de cada día y comamos tu pan y bebemos tu sangre para vivir eternamente».

De una carta de Padre Pío a Giuseppina Morgera

(Dolcissimo Iddio. Cartas a Giuseppina Morgera, pp. 89-90)

Quería que no sólo los presentes participaran de tan gran regalo, sino también todos sus seguidores en los siglos venideros. Conscientes de la dulce promesa hecha un poco antes con aquellas tiernas palabras: "No os angustiéis en vuestro corazón ni temáis, porque no os dejaré huérfanos, sino que estaré con vosotros hasta el fin de los siglos". Aún recordando aquellas otras palabras memorables: "Venid a mí todos los que estáis cansados y afligidos, y yo os levantaré". Consciente, digo, hoy de sus promesas de amor a sus huéspedes, antes de dejar el Cenáculo para ir al Huerto de los Olivos, confiere a los Apóstoles la plenitud de un sacerdocio que, mediante la sagrada ordenación, debía conferirse y transmitido a otros hasta el final de los siglos. Su palabra: "Haced esto en



Es la Oración que reparte sonrisas y la bendición de Dios

La espiritualidad de los Grupos de Oración del Padre Pío

memoria mía" aseguró la universalidad del don en todos los lugares y en todos los tiempos. Él dio cumplimiento a los deseos amorosos de su Santísimo Corazón, que también decía encontrar sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Hija mía, ¿no estaremos de acuerdo con el Apóstol amado, que, en el raptó de la admiración, proclama el acceso de la caridad de este divino Redentor a los hombres "in finem dilexit eos"?. De hecho, no es la SS. Eucaristía una recompensa que en sí misma contiene todo tipo de Gracia? ¿Que estoy diciendo? La Santísima Eucaristía no es sólo un compendio de sus otros dones, sino que es un don nuevo muy singular de su inmensa caridad para nosotros porque Jesús, dándose como alimento y bebida al hombre, se identifica con él a través de la unión perfectísima que se cumpla entre la criatura y el Creador; junto a la santísima humanidad le da los méritos infinitos adquiridos en esta tierra; le da su divinidad con los inmensos tesoros de su Sabiduría, de su Omnipotencia, de su Bondad.

Un fuego irresistible

En las cartas del Padre Pío se describe la Eucaristía como el lugar privilegiado en el que Él experimenta los efectos de su vida de unión con Dios. Ante la tentación de descuidar la comunión diaria, el 20 de junio de 1910, el Padre Pío escribe: "Y cómo, pues, Padre mío, ¿podría yo vivir sin acercarme a recibir a Jesús aunque sea por una sola mañana?". (*Ep. I*, pág. 185). En marzo de 1911 confesó que iba a decir misa aún con fiebre: «Tengo tanta hambre y tanta sed antes de recibirla, que no tardo mucho en no morirme de falta de aliento. Y precisamente porque no puedo no unirme a él, a veces con fiebre me veo obligado a ir a comer su carne» (*Ep. I*, p. 216).

Jesús en la Eucaristía es el amante que abre una profunda herida (cf. *Ep. I*, p. 316) en el corazón del Padre Pío, su corazón se siente atraído por una fuerza superior, y arde con un fuego irresistible; es también el consolador y el defensor. La presencia de Jesús en la Eucaristía es fuente de serenidad y equilibrio: «Todos los feos fantasmas que el diablo está introduciendo en mi mente desaparecen cuando me abandono confiadamente en los brazos de Jesús. Así que si estoy con Jesús crucificado, si medito en sus preocupaciones sufro inmensamente, pero es un dolor que me hace mucho bien. Disfruto de una paz y tranquilidad que no se puede explicar» (*Ep. I*, p. 216).

Los mismos dones místicos, recibidos por el Padre Pío en este período, resaltan cómo el Señor usa el sacramento de la Eucaristía precisamente como el lugar de sus manifestaciones más importantes e íntimas desde el intercambio de corazones, al éxtasis, hasta la estigmatización, que tomó lugar durante la acción de gracias por la santa misa.

En cierto momento, sin embargo, se percibe un cambio: Jesús ya no es el consolador, sino que pide ser consolado, involucra al Padre Pío en su amor y en su inmolación por la humanidad.

En la misa, víctima de amor

En el *Epistolario*, Padre Pío se ofrece víctima ocho veces, con intenciones diferentes: por los pecadores, por las almas del purgatorio, por las necesidades de la provincia, por los propios directores espirituales, por el fin de la guerra mundial... Para aclarar inmediatamente que la ofrenda es para él una cosa seria, citamos la respuesta que da a una hija espiritual suya, que le pedía poder ofrecerse también ella víctima por los pecadores: Sobre el permiso que me pediste de querer ofrecerte víctima por tus hermanos, por el momento no puedo permitirlo en absoluto. Recuérdame después y entonces se verá lo que debe hacerse en el Señor» (*Ep. III*, p. 247).

Frente a tanta seriedad, hay una concepción muy alta de esta oferta victimal. Veamos de aclarar mejor los contornos. Obviamente, coherentemente con la mentalidad de su tiempo, el Padre Pío se ofrece víctima en el contexto de su enfermedad: durante la permanencia en familia presagia y espera la muerte; Este hecho lo impulsa a dar un sentido profundo a sus sufrimientos y a conectarlos con los de Cristo. He aquí que entonces el profundo amor a Cristo crucificado se transforma en un sentimiento de solidaridad compartible con él, de modo particular con su misión redentora, y es por



Es la Oración que reparte sonrisas y la bendición de Dios

La espiritualidad de los Grupos de Oración del Padre Pío

esto que la primera vez que se ofrece víctima, Lo hace por los pecadores y por las almas del purgatorio.

Sin embargo, posteriormente, el contenido de su oferta victimal evoluciona. El sufrimiento verdadero ya no será solo físico, sino que consistirá principalmente en aquella fase de purificación-aislamiento, característica de la desolación de los místicos, los cuales por un lado sienten la fuerte atracción de parte de Dios y por otro parece que sean rechazados.

La iniciativa de Dios no se percibe solo como una intervención de gracia, sino que se convierte en una intervención pedagógica, es Jesús quien guía al Padre Pío en el misterio de su ofrenda victimal. Podríamos decir más: esta oferta victimal tiene su ritualidad bien precisa. Es Jesús quien elige al Padre Pío como víctima y constituye la celebración eucarística como lugar de esta ofrenda.

Con la expresión "asemejarse a Cristo", el Padre Pío resume toda la actitud de la víctima que sigue a Cristo en la inmolación, pero también en el aislamiento de la Cruz, que le hace gritar "Dios mío, Dios mío porque me has abandonado".

Icono de esta oferta victimal es la estigmatización: según lo que afirma en la carta del 22 de octubre de 1918, los estigmas le causan una herida mucho más profunda que las que tiene en el cuerpo. El misterioso personaje «sigue su operación sin cesar, con superlativo desgarramiento del alma». Padre Pío siente toda la fuerza de este Dios que lo ama y lo aleja de sí y grita: ¡«Mi Dios! Es justo el castigo y recto tu juicio, pero úsame con el fin de misericordia!» (Ep. I, p. 1095).

En una carta, también a Josefina Morgera, el Padre Pío describe mejor esta acción de Dios:

«Que Jesús te bendiga, sea siempre el Rey supremo de tu corazón y te trate como a él le gusta, sosteniendo tu alma en las durísimas pruebas espirituales, que, aunque afligidas, son pruebas amorosas y no vengativas, porque nada tiene [que] vengar en ti al Señor, ¡pero en los otros por los que te has ofrecido víctima!» (Dolcissimo Iddio. Cartas a Giuseppina Morgera p. 181).

El centro de la vida de nuestros Grupos

Cuando alguien iba a saludar al Padre Pío a menudo era invitado a partir después de la celebración eucarística de la mañana. Verdaderamente para él la santa misa era el centro y el culmen de la existencia, toda su jornada estaba orientada por la celebración de la mañana.

Dice san Juan Crisóstomo: «Es obra de Cristo liberar a los hombres de la corrupción del pecado, pero impedir volver a caer en el anterior estado de miseria corresponde a la solicitud y a los esfuerzos de los apóstoles». En efecto, su misa era unirse a Cristo para que a través de la oración de la Iglesia descendiera sobre el mundo la gracia de la misericordia de Dios.

Desde el principio, la participación en la misa mensual y la adoración eucarística han sido el distintivo de los Grupos de Oración y todavía hoy se distinguen por esta elección fundamental. Ante los ojos de todos nosotros está la actitud orante del Padre Pío, tomada en muchas fotografías durante la bendición eucarística de la tarde.

Para todos recordamos las palabras a la beata María Gargani, que podrían constituir un verdadero programa de vida eucarística: «Continúa, hija mía, sin temor a envolverte en este misterio de amor y de dolor juntos, hasta que a Jesús le guste. Este estado es siempre temporal: vendrá el consuelo divino, completo, inadmisiblemente. Continúa, mi buena hija, en este estado de aflicción a rezar por todos, máximas por los pecadores, para resarcir muchas ofensas que se hacen al divino Corazón. Me parece que un día te ofreciste víctima por los pecadores: Jesús respondió a tu oración, aceptó tu ofrenda. Jesús te dio la gracia de sostener el sacrificio. Pues bien, ánimo todavía un poco: la recompensa no está lejos».

El Papa Francisco afirma: «El encuentro con Jesús en las Escrituras nos conduce a la Eucaristía, donde la misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real de Aquel que es Palabra viva. Allí el único Absoluto recibe la mayor adoración que se le puede dar en este mundo, porque es Cristo mismo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos realizar cada vez más su acción transformadora» (GE, n. 155).

La Eucaristía es Pascua, es renovar la ofrenda y la alianza con Dios, pero es también Navidad, es encontrar en nosotros el rostro de Jesús que es el Viviente, es contemplar su debilidad que ha



Es la Oración que reparte sonrisas y la bendición de Dios

La espiritualidad de los Grupos de Oración del Padre Pío

elegido revestirse de nuestra miseria para hacernos fuertes y generosos; es compartir con él las palabras del salmo: «Sacrificio y ofrenda no te gustan, me has abierto los oídos. No pediste holocausto y víctima por culpa. Entonces dije: «Aquí estoy. En el libro de la Ley está escrito lo que tengo que hacer: yo amo. Dios mío, tu voluntad, y tu ley está en mi corazón» (Sal 40,8-9).

La adoración nocturna

Padre Pellegrino Funicelli, recién llegado de joven sacerdote a San Giovanni Rotondo, intrigado por las cosas que se decían de él, buscaba la ocasión propicia para asistir a alguna visión o éxtasis del Padre Pío. Así, durante la noche, poco antes de que el santo fraile fuera al coro para la oración, se escondía en la oscuridad entre los bancos del coro, pero era regularmente descubierto y devuelto a la cama por el Padre Pío. Después de algunos intentos fallidos, fue tomado por sorpresa: «¿Quieres tener una visión de Jesús? ¿Es verdad? Y entonces ponte a contemplar el Tabernáculo junto conmigo». Pasaron los minutos, pero no pasó nada, la oscuridad de la iglesia, el sueño y la falta de costumbre a una oración nocturna tan prolongada hicieron el resto: los ojos se cerraron y, primero la cabeza y luego las piernas comenzaron a tambalearse «hasta que - continúa el relato - caí como un montón de escombros sobre las tablas del suelo, demasiado suaves para mis huesos duros y cansados». Sonriendo el Padre Pío lo devolvió a la cama, asegurándole que Dios no se encuentra tan fácilmente en las visiones y en los éxtasis, sino de rodillas, en el silencio y preparándose para recibirlo en la Eucaristía.

La misa de Padre Pío

Quien se dirigía a San Giovanni Rotondo para asistir a su misa, para pedirle consejo o confesarse, veía en él una imagen viva de Cristo sufriente y resucitado. En el rostro del Padre Pío resplandecía la luz de la resurrección. Su cuerpo, marcado por los "estigmas", mostraba la íntima conexión entre muerte y resurrección, que caracteriza el misterio pascual. Para el Beato de Pietrelcina el compartir de la Pasión tuvo tonos de especial intensidad: los singulares dones que le fueron concedidos y los sufrimientos interiores y místicos que los acompañaban le permitieron vivir una experiencia apasionante y constante de los padecimientos del Señor, en la inmutable conciencia de que "el Calvario es el monte de los Santos" (JUAN PABLO II, *Homilía de beatificación del Padre Pío*, 2 maggio 1999).